

Textos de Darío Mollá Llácer sj

«Hoy estarás conmigo en el paraíso» (Lc 23,43)**«Crucificaron a dos malhechores... uno a la derecha y otro a la izquierda» (Lc 23,33)**

En esta mañana de Viernes Santo les propongo que, en nuestra oración, nos acerquemos al Calvario, ese lugar fuera de la ciudad en el que Jesús es crucificado, aplicándole, tras el proceso civil y religioso, la muerte de los esclavos. El gesto de Jesús como esclavo que lava los pies de sus discípulos, gesto que contemplábamos ayer, no era, pues un gesto vacío, una comedia, un gesto para la galería, o una pose para una fotografía virtual o para los pintores de épocas posteriores. El lavar los pies de Jesús a sus discípulos es la expresión de una dinámica de vida que comienza con la Encarnación y culmina con la muerte: «se despojó de sí mismo tomando condición de siervo... y se humilló a sí mismo obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz» (Fil 2,6-8). Toma la condición de esclavo y muere como un esclavo.

Les propongo, además, que contemplemos al Crucificado no desde una cierta lejanía o desde una medida y cómoda distancia, sino que nos situemos en nuestra contemplación con María y con las otras mujeres, junto a la Cruz (Jn 19,25), al pie de ella, en esa distancia corta en la que es posible el encuentro cara a cara, el mirar y dejamos mirar, y en la que es posible también la escucha. Escucha de las palabras, si las hay; palabras que pronuncia un hombre exhausto, y que por tanto apenas son audibles para los cercanos e imposibles de captar por quienes se ponen a distancia. Y escucha también del sufrimiento: de la respiración fatigosa y del quejido doloroso de quien sufre. Contemplar es acercarse, contemplar es no perder detalle, contemplar es permanecer a la escucha con unos sentidos abiertos que sirven de cauce para que transite la gracia hacia un corazón receptivo. Cercanía y no lejanía, vivir en cercanía y no en lejanía es la primera invitación de este Viernes Santo. Cercanía a Jesús y a los hombres y mujeres de este mundo; cercanía al Crucificado y a tantos que sufren. Ser cristiano es acercarse, no dar rodeos cuando se hacen presentes en nuestra vida quienes sufren (Lc 10,29-37).

Acercarse a la cruz de Jesús en aquel día de Viernes Santo era físicamente peligroso para los seguidores de Jesús: por eso los más escaparon, y algún otro intentó seguirle a una calculada distancia, aunque acabó negándole y marchándose apenas fue reconocido, después de afirmar por tres veces que no le conocía. Hoy, para nosotros, ese acercamiento al Crucificado ya no es físicamente peligroso, pero sigue sin ser fácil ni cómodo ni indiferente. Ya nos va bien la distancia y, sobre todo, la prisa. Ver de lejos, pasar apresuradamente: toda una filosofía de la vida: la filosofía de nuestro modo de vida. Una filosofía que nos mantiene en lo más superficial de la existencia humana y que, al impedirnos o limitarnos la solidaridad con quien sufre, nos limita como personas y nos incapacita como cristianos. Porque la solidaridad casi siempre pide un rodeo en el camino prefijado y una pérdida de nuestro «precioso» tiempo.

En la cercanía vemos y escuchamos, y quizá también nos sorprendemos, que la cruz de Jesús no es la única que hay esa tarde en el Calvario. «le crucificaron a Él y a dos malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda» (Lc 23,33). Esa izquierda y esa derecha que en su día pidieron los hijos del Zebedeo (Mc 10,37) son ocupadas hoy por dos malhechores; bien es verdad que Santiago y Juan pensaban en otras circunstancias bien distintas, en otra gloria y en otro trono. Jesús no ha querido morir en solitario, ser el único centro de mirada y atención. Aquel que quiso ser, desde el principio, «uno de tantos» (Fil 2,7) no ha querido que contemplemos su cruz aisladamente de otras cruces, sino enmarcado por ellas, situado entre ellas. Ya lo había profetizado Isaías en su Canto del Siervo «fue contado con los rebeldes» (Is 53,12) y Jesús recordó expresamente este versículo del profeta en su sermón de la Cena (Lc 22,37). El Jesús que muere, y su misma muerte, no es, pues, el héroe excepcional, medio Dios medio hombre protagonista de esas epopeyas del mundo clásico que busca ser admirado o cantado por las generaciones futuras; el Jesús que muere es el que ha unido su destino al de la humanidad, especialmente al de los pobres y sufrientes. El Jesús que, como formuló un teólogo, vivió con «malas compañías», muere también en mala compañía. Su muerte no es la muerte heroica del héroe, sino la muerte oscura del esclavo. No muere para ser admirado, sino para con su muerte dar la vida (Jn 3,14-17). Jesús uno de tantos, su cruz junto a otras: porque, en el Calvario y en nuestra vida de cada día, si nuestro propio dolor copa la escena, ¿qué nos va a quedar para tener compasión del mundo?

Y todo este misterio de Viernes Santo, este Crucificado entre crucificados y esta cruz entre cruces, también nos cuestiona mucho sobre nuestras búsquedas, nuestras imágenes, nuestras expectativas de Dios.

¿Dónde buscamos a Dios? Dios se hace presente y visible en unos lugares muy peculiares de la historia humana, fuera de los circuitos habituales o previstos,

paradójicamente en medio de sufrientes y excluidos. Está en la historia humana, claro que está: pero no lo encontraremos si no es la cruz de Jesús la que nos hace de indicador, de hoja de ruta de nuestras búsquedas de Dios.

¿Cómo buscamos a Dios? Algo nos dirá sobre la búsqueda de Dios el diálogo entre los malhechores y Jesús que escucharemos y meditaremos en los puntos siguientes, pero de entrada ya podemos afirmar que si no hay cercanía y permanencia «junto a la Cruz de Jesús», se hace difícil escuchar no ya su palabra, sino algo aún más importante y decisivo: el latido de un corazón que en su amor incondicional por nosotros se entrega «hasta el extremo» (Jn 13,1).

¿Cuál es nuestra imagen de Dios?, ¿la imagen de nuestras ensoñaciones o la imagen del Crucificado?: ya sé que cuesta ver a Dios en un hombre sufriente, crucificado, proscrito, pero esa es la fe, el desafío de nuestra fe. No es un dato irrelevante que sea el centurión romano, un pagano, quien reconoce la gloria de Dios en Jesús crucificado (Lc 23,47): nosotros, los oficial o ambientalmente creyentes, los hombres y mujeres que nos tenemos por religiosos, demasiadas veces asociamos la gloria de Dios a nuestra propia gloria, y así es imposible reconocerle: porque la gloria auténtica de Dios, la que Jesús da a conocer, no es otra que su entrega y su vaciamiento (Fil 2,7).

¿Qué expectativas tenemos sobre Dios? Pues, muchas veces, en el fondo, las mismas que las de los enemigos de Jesús: que baje Él de su Cruz y, más aún, que nos baje también a nosotros de las nuestras. Ni una ni otra se van a ver cumplidas. Y todo ello por amor.

Vamos ahora a detenemos unos minutos para contemplar con cercanía y con sosiego, en silencio lleno de apertura, deseo y humildad, a Jesús en cruz, y también la cruz de Jesús en el lugar donde tantas otras cruces se pusieron antes, hoy, y también mañana.

«Jesús, acuérdate de mí...» (Lc 23,42)

Tras nuestro acercamiento contemplativo al Calvario donde Jesús comparte su cruz con dos malhechores, les propongo como segundo paso de nuestra oración de esta mañana que escuchemos con atención las palabras que le dirigen a Jesús los dos hombres que están crucificados junto a Él. Estas palabras son, según los evangelios, las únicas palabras algo personales que Jesús escucha en la cruz. Todo lo demás es griterío ambiental. Griterío hecho de insultos, provocaciones, desprecio, de magistrados y soldados... Solo los malhechores se dirigen a él en un tono más o menos personal. Esta ausencia de palabras cercanas,

humanas, debió ser una experiencia bien dura para Jesús que pasó toda la vida pronunciando palabras de bendición, de consuelo, de perdón, palabras para aliviar el sufrimiento de los demás. El contraste entre las palabras que se dicen por Jesús a lo largo de su vida y las que escucha en el momento decisivo de la misma es bien llamativo e interpelador para nosotros.

Cada uno de los dos personajes se dirige a Jesús de modo bien distinto, pese a que ambos se encuentran en idéntica situación personal y en idéntica situación física y emocional con respecto a Jesús. Palabras distintas que reflejan también actitudes de fondo bien diversas. En idénticas situaciones, actitudes y respuestas pueden ser, y son de hecho, bien diversas.

El primero de los malhechores le dice: «¿No eres tú el Cristo? Pues sálvate a ti y a nosotros» (Lc 23,39). Sus palabras no son otra cosa que el eco de las que resuenan en el ambiente. «Sálvate»: le dicen a Jesús magistrados y soldados como provocación y como desprecio. «Sálvate» le dice el compañero de suplicio. Es la misma palabra, aunque, obviamente, desde situación y con intención diversa. En magistrados y soldados no pasa de ser una provocación llena de cinismo; en el ladrón expresa el deseo comprensible de ser liberado del propio y doloroso suplicio. El crucificado junto a Jesús ve, en la cercanía física a él y en la coincidencia temporal y espacial de ambas crucifixiones, una oportunidad para escapar de su destino. Sus palabras a Jesús no son tanto una provocación como una petición y un grito nacidos de la desesperación. Pide un milagro que le libere de su tormento.

La petición del otro ladrón es absolutamente distinta y, si la escuchamos y meditamos atentamente, es de una sorprendente e inesperada calidad humana viniendo de quien viene. Les hago notar algunos elementos importantes de la misma. Empieza por desmarcarse del ambiente, tanto en contenidos como en actitud: expresa ante Jesús una postura y una convicción realmente personales, sorprendentemente personales. No encontramos en sus palabras ni el cinismo de los enemigos ni la desesperación del compañero de tormento. Su petición tiene un contenido muy distinto: «Jesús, acuérdate de mí cuando vayas a tu Reino» (Lc 23,42). Nos encontramos ante una petición expresada con unas actitudes de fondo que la avalan ante Dios: cariño, humildad, confianza. Merece la pena saborearla como modelo de oración de petición.

«Jesús»: es la única vez en todo el evangelio de Lucas y la única ocasión en que alguien se dirige a Jesús utilizando su propio nombre. El dato es de una enorme densidad humana y teológica: es en boca de un marginal crucificado donde el evangelista Lucas pone por vez primera y única esta invocación tan cálida, tan cercana, tan llena de confianza. Más allá de tantas diferencias de naturaleza, de proyecto de vida, de historia como hay entre ellos dos, la cruz les iguala, les acer-

ca de un modo tan radical como misterioso. Decían los santos Padres que Jesús quiso encamarse y abajarse para que nadie le sintiera por encima, para que todos pudieran sentirlo cercano y confiar en él: incluso un marginal crucificado.

«Cuando vayas a tu Reino»: el buen ladrón expresa una confianza total en la realeza de Jesús, una sorprendente confianza en la realeza de quien comparte con él la cruz. Algo ha percibido en la cercanía e inmediatez a Jesús que le lleva a la fe. Una fe no sometida a condición alguna. Unos y otros, judíos y paganos, dicen que creerán si baja de la cruz, que creerán si hay signos externos, demostraciones, magia: sitúan la grandeza de Jesús en lo exterior, lo aparatoso, lo espectacular. Aplicando el esquema de este mundo, están pidiendo ese Mesías que Jesús siempre rechazó ser. Solo un oscuro e innominado personaje es capaz de descubrir la realeza, el poder y la gloria de Jesús, precisamente en el hecho contrario: en el no bajar de la cruz, y en lo que ello significa. Seguramente no por un discurso lógico o teológico, sino por el privilegio de ver y escuchar a Jesús de cerca. Entiende que lo que hace grande a Jesús es su amor, lo que le hace Salvador es la entrega de su vida. «Este nada malo ha hecho» (Lc 23,41) le dice a su compañero de suplicio. Esa es la grandeza de Jesús: que pasó haciendo el bien. Jesús en cruz no tiene ya nada más que demostrar para manifestar que nos ama. Y es ese amor el que nos salva.

«Acuérdate de mí»: tan sencillo como eso y tan poca cosa como eso. Simplemente le pide un recuerdo: ni un milagro, ni un privilegio o excepción, ni un premio. Sencillamente: no te olvides de mí. Ante Jesús sin condiciones, ante Jesús sin pretensiones, ante Jesús sin exigencias: así se sitúa el buen ladrón. Sin intentar aprovecharse de la excepcionalidad del momento. El centurión al que Jesús alabó por su fe le dijo «basta una palabra» (Lc 7,7); al buen ladrón le basta aún con menos: «basta un recuerdo». Cuando sea, cuando llegue el momento, sin plazo fijo...

Nos preguntábamos antes, ¿cómo buscamos a Dios?, ¿cómo nos situamos ante Dios?, ¿cómo nos acercamos a Él?

En la figura del buen ladrón y en su modo de acercarse a Jesús hay para nosotros un modelo no solo de oración, sino de vivir nuestra condición humana y todas las circunstancias de nuestra vida, incluso las más dolorosas, ante Dios. Y no solo ante Dios, sino ante los hombres y mujeres que están crucificados. Una manera de vivir y de situarse hecha de la humilde sencillez de no magnificar ni exagerar ni pedir explicaciones de aquella cruz que nuestra condición humana o la vida nos imponen, como a tantos y tantas a lo largo de la historia. Una manera de vivir y situarse que no duda ni del amor de Dios, ni de su apuesta por nosotros, ni de su sostén, ni de su voluntad de salvarnos, aunque no lo experimentemos como el liberador inmediato de nuestras angustias o sufrimientos de

ahora mismo. Una manera de vivir y situarse que sí espera de Dios y le pide con pasión «no caer en la tentación y ser liberados del mal».

Y una manera de orar que no es exigencia sino apertura de corazón, que no es fórmula sino pasión, que no pide milagros sino gracia.

Dediquemos ahora unos minutos a saborear y hacer nuestra la palabra llena de humildad y fe del malhechor crucificado junto a Jesús.

«Hoy estarás conmigo en el Paraíso» (Lc 23,43)

El tercer momento de nuestra oración de esta mañana puede estar centrado en la escucha y meditación de la respuesta de Jesús a la petición del buen ladrón. Una respuesta de un enorme alcance evangélico. Una revelación clarificadora de los «sentimientos» del corazón de Cristo. Jesús no deja sin respuesta una petición hecha con las actitudes que hemos contemplado. En otros momentos de la Pasión el Señor permanece en silencio; aquí no solo responde, sino que se vuelca en la respuesta.

Porque si algo impresiona a primera vista en la respuesta de Jesús a la petición del malhechor es su desmesura, la desproporción que existe entre lo que se pide y lo que se concede. Término a término, palabra a palabra, la respuesta de Jesús desborda todas las expectativas posibles contenidas en la petición que le ha sido hecha.

El «cuando» sin plazo y sin concreción de la petición se convierte en un «hoy». El término «hoy» aparece en el evangelio de Lucas vinculado a momentos enormemente significativos de la acción salvífica de Jesús. Recuerdo algunos: la noche de Navidad («hoy os ha nacido un salvador», Lc 2,11), la presentación solemne de la misión de Jesús en la sinagoga de Nazaret («esta escritura que acabáis de oír se ha cumplido hoy», Lc 4,21), la visita salvadora de Jesús a la casa de Zaqueo el publicano («hoy ha llegado la salvación a esta casa», Lc 19,9). El hoy salvador de Jesús se manifiesta también plenamente en la cruz en el «hoy» que Jesús responde al buen ladrón. El hoy de la encarnación, el hoy de la misión, el hoy de la misericordia unidos en el hoy de la cruz. Jesús se apresura a salvar, a dar la vida. Hoy es el día de la salvación, hoy Viernes Santo.

Y el «acuérdate de mí» de la petición del ladrón se convierte en la respuesta de Jesús en «estarás conmigo». La salvación que Jesús ofrece es la comunión con Él en la plenitud de vida. La promesa de Jesús para cada uno de nosotros no consiste simplemente en que estaremos vivos en su memoria sino que com-

partiremos su vida. En este «estarás conmigo» que ahora escuchamos vemos ya el cumplimiento de todo aquello que Jesús ha prometido horas antes a sus discípulos en el discurso de despedida que recoge el evangelio de Juan: «volveré y os tomaré conmigo, para que donde esté yo estéis también vosotros» (Jn 14,3). «Conmigo» es la palabra clave.

Ese «conmigo» impresionó tanto a Ignacio de Loyola que articula en torno a esa palabra la llamada de Jesús tal como él la entiende y vive, y toda su espiritualidad: «quien quisiera venir conmigo ha de trabajar conmigo, porque siguiéndome en la pena también me siga en la gloria» (EE 95). Y porque es una llamada y una oferta la de Jesús a una comunión con él, no solo «hay que ofrecer las personas al trabajo» (EE 97), sino que uno le expresa al Señor, con la misma desmesura con la que Jesús se expresa, sus deseos de «imitaros en pasar todas injurias y todo vituperio y toda pobreza, así actual como espiritual, queriéndome vuestra santísima majestad elegir en tal vida y estado» (EE 98). Asombrado por la contemplación de la desmesura del amor de Jesús por nosotros Ignacio se convierte él mismo en un «loco por Cristo».

La generosidad desmedida de la respuesta de Jesús a la petición del ladrón crucificado junto a él, evoca de inmediato en quien la contempla la misma generosidad desmedida del padre de la parábola de los dos hijos. Ante la tímida e interesada propuesta del hijo que vuelve «trátame como a uno de tus jornaleros» (Lc 15,19) el padre responde celebrando una fiesta porque «este hijo mío» ha vuelto a la casa (Lc 15,24). Se cumple y evidencia aquello que Jesús expresa en el evangelio: «habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no tengan necesidad de conversión» (Lc 15,7). La alegría genera siempre la generosidad, y a una alegría inmensa corresponde una generosidad desmedida, que debió sorprender incluso al mismo buen ladrón que nunca había podido esperar tanto: «hoy estarás conmigo en el Paraíso». Con un estilo quizá de otra época, pero con una concisión admirable se expresaba el famoso predicador francés del siglo XVII Jacques Bénigne Bossuet ante esta frase: «Hoy: ¡qué rapidez! Conmigo: ¡qué compañía! En el paraíso: ¡qué descanso!».

En esta escena del evangelio de Lucas encontramos, además, otra aportación muy importante para nuestra meditación y para nuestra vida cristiana. Se reflejan en ella de modo admirable las prioridades y sensibilidad que Jesús manifiesta en muchas de las páginas precedentes del texto evangélico.

El buen ladrón, marginal y crucificado, es el primero al que Jesús asegura de modo explícito su presencia en el Paraíso. Se está cumpliendo con hechos aquella palabra de Jesús que tan dura de escuchar y asimilar resultó a los oídos y al corazón de sus contemporáneos: «En verdad os digo que los publicanos y las

prostitutas llegan antes que vosotros al Reino de Dios» (Mt 21,31). O aquella parábola que también a nosotros, que nos tenemos por buenos, nos resulta tan incomprensible y tan difícil de aceptar: aquella del dueño de la viña que paga por igual a los trabajadores de primera y a los de última hora (Mt 20,1-16).

Quizá la contemplación de lo sucedido entre Jesús y el buen ladrón nos ayude a entender y aceptar algo más esas páginas difíciles del evangelio, y esas prioridades de Jesús que no son las de este mundo. Es en la cercanía entre crucificados, en el intercambio de miradas y sufrimientos, en el despojamiento total donde la cruz significa para uno y para otro, donde mejor se produce lo que la liturgia llama un «admirable intercambio», intercambio que es la salvación: Jesús asume, toma sobre sí nuestras muertes y nos entrega la plenitud de su vida.

Acerquémonos, pues, ahora con sencillez y admiración al misterio de la misericordia y de la vida.